

Precio 10 cts.

Reproducción

Tomo IV, No. 79.— 28 de febrero de 1922

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. *Falsos profetas.*
2. *El budismo.*
3. *Acción extraparlamentaria.*
4. *Desigualdad y progreso.*
5. *Miscelánea.*
6. *Índice del tomo IV.*

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Trejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Talonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

Tomo IV.—No. 79.—28 de Febrero de 1922

Falsos Profetas

por Floyd W. Parsons

Constructor de ferrocarriles, profesor de minería
y escritor americano.

La charlatanería causa innumerables perjuicios año tras año. El objeto de este artículo es demostrar la falsedad de muchas predicciones hechas, en su mayor parte, por personas de calidad, y poner de relieve la ligereza con que individuos de alta posición, cuya opinión ejerce influencia sobre la vida de millones de compatriotas, lanzan al público sus divagaciones.

Casi todos los artículos de cierta importancia encierran alguna moral, que generalmente aparece al final de la historia. La moral que se desprende de las siguientes páginas es: ¡Usad vuestro propio criterio! Abandonad la idea de que aquellos a quienes se califica de hombres afortunados tienen el don de la infalibilidad. Después que ha pasado alguna crisis industrial, mu-

chos de nuestros celebrados profetas se apresuran a señalar hechos retrospectivos, diciendo:—¿No os lo habíamos pronosticado?—Pero si nos tomamos la molestia de revisar la historia y comprobar las profecías de estos volubles agoreros, descubrimos no solamente que sus predicciones fueron inexactas, sino que los acontecimientos se han desarrollado precisamente a la inversa de lo que anunciaron. Los errores de concepto cometidos por algunos de nuestros famosos jefes de industria procurarían texto abundante para un largo e interesante volumen. Un libro de esta índole demostraría que hay pocos hombres continua y uniformemente superiores.

Permítaseme aquí hacer observar a mis lectores la trascendental diferencia que existe entre la profecía y la predicción científica. Las profecías modernas son generalmente simples conjeturas sugeridas por una observación somera y parcial de los hechos, en tanto que la predicción científica es una conclusión resultante de hechos debidamente comprobados y medidos con precisión.

Uno de los mejores ejemplos de predicción científica es el que ofrece nuestro United States Weather Bureau. Iniciada en 1870 por el departamento de guerra en beneficio de los marinos y embarcadores, esta oficina federal desempeñó tan bien su cometido, que ha ido extendiéndose hasta el punto de que en todas partes de la nación se contribuye hoy al estudio de las condiciones existentes del tiempo. La cuota de cada uno de los habitantes de los Estados Unidos para la predicción del tiempo es solamente de unos dos centavos por año; y estas predicciones han ahorrado millones de dólares a embarcadores, agricultores, marinos y propietarios de barcos. Las predicciones del tiempo y de la temperatura en el período de cinco años desde 1915 hasta 1919 inclusive, fueron 88.4 veces por ciento correctas. La predicción de la temperatura fué exacta 90.2 veces por ciento, y las profecías del tiempo fueron correctas 86.5 veces por ciento.

En las remotas edades había conexión estrecha entre la profecía y la superstición. Desde el principio de los

tiempos los farsantes han procurado acrecentar sus intereses abusando de la credulidad de sus amigos y adeptos. Los estudios acerca de la antigüedad demuestran que los oráculos eran el órgano poderoso de noticias subversivas en las viejas épocas. Las profecías encerraban por lo general tretas de los augures para proteger sus maquinaciones políticas. El oráculo de Delfos, en vez de ser un simple individuo, era realmente una institución. Cuando moría la sacerdotisa de Delfos, se nombraba a quien debía sucederla, y este nuevo oráculo lanzaba sus predicciones en medio de circunstancias tan curiosas, que no es extraño que fueran escuchadas con tanta reverencia. Es indudable que a favor de numerosos corresponsales poseía el oráculo de Delfos datos precisos acerca de los asuntos extranjeros, que ningún individuo particular habría sido capaz de reunir. Este conocimiento formaba la base de muchas de las pseudo-milagrosas profecías del famoso oráculo.

Falsas profecías causaron hace siglos la ruina de muchos imperios, del mismo modo que profecías de igual

índole han creado la miseria en épocas modernas y provocado casi un completo desastre. Cuando, en 1453, cayó Constantinopla en poder de los musulmanes, la victoria de los asaltantes fué debida a la falta de energía de los ciudadanos, que, confiando en las profecías de sus sacerdotes, esperaban que seguramente la Providencia intervendría para salvarlos. Una antigua profecía, particularmente, había anunciado que los turcos avanzarían hasta el Pilar de Constantino, pero que serían rechazados desde allí por un ángel del cielo, no sólo fuera de la ciudad, sino hasta la misma frontera persa. Esta parece haber sido la razón de que el populacho se amontonara en la iglesia de Santa Sofía, y la causa principal de las subsecuentes matanzas y horrores cuando los turcos arrollaron la ciudad.

Poco después del nacimiento del imperio alemán, 1870-1871, publicáronse muchos volúmenes de pretendidas profecías. Una colección en particular, las *Voix Prophétiques*, vasta compilación que comprende alrededor de ciento cuarenta páginas en dos gruesos

tomos, ostenta en su quinta edición un largo prefacio con la aprobación oficial de Monseigneur Deschamps, entonces arzobispo de Malinas. Estas profecías, a que el pueblo daba absoluta fe, causaron grandes sufrimientos y contribuyeron al desastre de las armas francesas.

Millares de profetas han pronosticado el fin del mundo, el milenario, basando sus predicciones en las palabras de la *Biblia*. Se ha dicho que terremotos, guerras, epidemias, en fin, todas las grandes calamidades, eran signos evidentes de que la crisis se aproximaba. Tales profecías han aumentado en número y en frecuencia desde la terminación de la guerra mundial.

La mayor parte de nuestros profetas modernos no son sino el duplicado de los que florecieron siglos atrás; a decir verdad, los profetas del día son apenas aficionados, si se les compara con los astrólogos de otras épocas, que constituían las verdaderas potencias detrás de los tronos. Hace tres siglos, un hábil astrólogo era tan esencial al gobierno como un primer mi-

nistro, y rara vez iniciaban los monarcas empresa alguna de importancia sin consultar al astrólogo de la corte.

Muchos de estos profetas de las antiguas edades eran astrónomos primitivos, que habían adquirido suficientes conocimientos para predecir el tiempo de la luna nueva, los eclipses y cosas por el estilo, impresionando así al público con su poder. Encontrándose en situación de pronosticar eventos celestes, aquellos farsantes no perdieron tiempo en pretender que poseían dotes misteriosas que les permitían predecir los acontecimientos de la tierra. Hiciéronse diestros psicólogos y fisonomistas, empleando métodos muy semejantes a los que usan hoy los *mediums*, quirománticos y adivinadores del porvenir.

La lista de predicciones abortadas se extiende retrospectivamente hasta el principio de los tiempos. Newton decía que la historia de la tierra sería una catástrofe, basando su profecía en la creencia de que un cometa había rozado la tierra, allá cincuenta siglos atrás cuando el planeta estaba reducido

a un estado de algidez, precipitando sobre el globo terrestre la entera substancia de su formación. En 1857 hubo gran alarma en Europa con motivo de la predicción de un erudito astrólogo que pronosticó la reaparición del cometa de 1556, anunciando que chocaría con la tierra. Nada de aquello aconteció. En 1861 la tierra atravesó la cola de un cometa gigantesco sin que resultara conmoción alguna. Cuando la gente oye decir ahora que un cometa se acerca a la tierra, en vez de esconderse en el sótano, saca sus anteojos ahumados y estorba el tráfico en su afán de contemplar al viajero celeste.

El astuto Pitt predijo que «se aproximaba» el fin del papado. Napoleón anunció que «Europa sería cosaca o republicana.» Disraeli observaba en 1864: «Prusia es un Estado sin base, y no podría sostener una guerra por seis semanas.» En 1760 decía Rousseau: «Dentro de treinta años Inglaterra estará arruinada y habrá perdido además su libertad.» Michel Chevalier pronosticó que el desenvolvimiento del sistema ferroviario en Europa «remo-

vería animosidades hereditarias cimentando una paz duradera entre las naciones.» Hace cien años la obra que más se vendía era un libro que pronosticaba el incendio y destrucción total de Roma en 1847. Después de esta catástrofe el mundo habría de gozar ininterrumpida paz y tranquilidad durante quinientos años.

Poco tiempo después del descubrimiento del condensador eléctrico de Leyden, el electricista más famoso de entonces manifestó su creencia de que el tema de la electricidad estaría muy pronto agotado, en razón de los asombrosos progresos que en dicha ciencia habían realizado los sabios hasta la época. Cuando se exhibió por primera vez la lámpara incandescente de Edison, en diciembre de 1879, las acciones de las compañías de gas bajaron de golpe en la bolsa porque se difundió extensamente el pronóstico de que el gas tendría poco uso en adelante. En una palabra, la literatura de todas las edades está llena de predicciones que jamás llegaron a realizarse.

Cierto artículo muy leído, que apareció en un semanario de los Estados

Unidos en abril de 1909, afirmaba que el siglo veinte sería inevitablemente el siglo alemán. Un imperio alemán compacto atravesaría Europa desde el Báltico hasta el Adriático. Antes de que esto sucediera, decía el escritor, se produciría una lucha titánica en que Inglaterra y Francia arrastrarían a las demás naciones europeas en contra de Alemania, pero sin resultado. Cuando estalló la guerra, y se habló de que los Estados Unidos tomarían parte en el conflicto del lado de los aliados, los profetas alemanes pronosticaron confiadamente que nuestra nación sería incapaz de levantar un ejército a tiempo para participar en la lucha y que aunque los Estados Unidos lograran improvisar fuerzas bélicas, sería imposible trasladar ejército semejante a través del océano y menos aún equiparlo con el armamento moderno.

Antes de la guerra se predecía abiertamente que el mundo capitalista jamás permitiría otra gran guerra; que la convención de la Haya aplacaría futuros conflictos; que la democracia no podría organizarse eficazmente para

la guerra; y que si llegaba a estallar algún conflicto, se decidiría en unos cuantos meses. En julio de 1914 la prensa de los Estados Unidos expresaba universalmente la opinión de que el advenimiento de una guerra era demasiado horrible para imaginárselo, y que por ser tan horrible no habría de acontecer. Uno de los principales diarios de la ciudad de Nueva York decía que la guerra no estallaría porque el káiser era hombre pacífico, y no sanguinario. Pocos meses más tarde se acusaba a Guillermo II de haber proyectado la guerra con veinte años de anticipación. Antes de que comenzaran las hostilidades, manifestaban los estadistas que el único medio de prevenir las guerras era la creación de enormes armamentos. A pesar de la lección aprendida, escuchamos todavía ahora el clamor por un poderoso ejército y armada como medida preventiva contra la guerra.

Ningún estadista o persona autorizada predijo en 1914 la captura de Jerusalén o de Bagdad por los ingleses, el derrumbamiento del zarismo en

Rusia o la participación de los Estados Unidos en la guerra. Los periódicos ingleses y canadienses pronosticaron que los millones de soldados británicos, franceses y rusos derrotarían a los alemanes en pocos meses. Lord Kitchener se aproximó más a la verdad en sus predicciones: dijo que la guerra duraría por lo menos tres años, y que no comenzaría realmente hasta el verano de 1915. Al iniciarse las hostilidades, el resultado de un cómputo hecho por banqueros ingleses fué que el costo del conflicto ascendería por lo menos a 5.000,000,000 de dólares. Naturalmente fué muchas, muchas veces mayor que esta suma.

Iniciada ya la guerra, los profetas de todos los países comenzaron a hacer llover pronósticos. Cierta personaje importante del mundo de los negocios decía en un periódico nacional: «La conflagración europea será un período de gran prosperidad para los Estados Unidos, pero los negocios no florecerán de nuevo hasta después de terminado el conflicto.» En noviembre de 1914, el presidente de una poderosa corporación norteamericana del acero

manifestaba: «Esta es la primera vez en tres años que me siento optimista acerca de la perspectiva de las industrias en los Estados Unidos. Preveo diez años de prosperidad incomparable para la nación.» Hubo centenares de predicciones de análoga índole. Afortunadamente para nosotros, algunas personas tuvieron visión más exacta del futuro. James B. Forgan opinaba: «No creo que los Estados Unidos obtengan ningún beneficio de la guerra europea.» Citábanse las siguientes palabras de F. A. Vanderlip: «La idea que alimentan algunas personas de que la guerra será ventajosa para esta nación es una teoría que pertenece económicamente a la edad de piedra.» Sir George Paish decía: «Durante la guerra los Estados Unidos gozarán de inmensa prosperidad. Sus desventuras comenzarán más tarde.»

Desde el principio hasta el fin de la guerra el mundo estuvo lleno de conceptos a la ventura, cuya repetición aquí sería pérdida de tiempo y de espacio. Pero la seria depresión industrial por que atravesamos es una realidad palpitante, un hecho que afec-

ta la vida de todos y cada uno de nosotros. Podemos burlarnos de las estratagemas de los astrólogos de antaño y sonreír ante la credulidad de los pueblos primitivos; pero el asunto no tiene nada de cómico al observar que tenemos también modernos astrólogos, a muchos de los cuales calificamos de jefes de las industrias, quienes extravían nuestro criterio, quizá involuntaria, pero no menos seguramente de lo que lo hacían con sus creyentes los profetas de la antigüedad.

Hacia el 30 de junio de 1919 los Estados Unidos habían construido buques superando por 1,350,000 toneladas los que se construían en la Gran Bretaña, y por 2,225,000 los que construían todas las otras naciones del mundo combinadas. Hoy la Gran Bretaña tiene en construcción buques cuyo tonelaje agregado excede en 2,813,000 los que se construyen en los astilleros de los Estados Unidos, y en 1,578,000 toneladas los que construyen las demás naciones combinadas, con excepción de los Estados Unidos. Casi el 60 por ciento de la producción mun-

dial de buques se trabaja hoy en los astilleros británicos. Esto parece a muchos el desvanecimiento de todos nuestros sueños de supremacía en el comercio mundial.

Hace pocos meses veíamos solamente el lado brillante de las cosas: hoy fijamos exclusivamente la atención en las cifras que revelan la disminución del comercio extranjero, el amen- guamiento de la producción y la proporción creciente de la falta de empleo. Los legisladores nacionales vuelven a la idea de que no podemos competir industrialmente con otras naciones y que debemos acogernos, en consecuen- cia, a la protección de altas tarifas aduaneras. Hace pocos meses ansiába- mos nuevos mercados que conquistar; ahora nos mantenemos ante los ence- rados de la escuela del comercio mundial, llevando el gorro de zotes y aprendiendo esta lección: «Una libra de experiencia en comercio extranjero vale por dos libras de intrepidez yan- qui, más tres libras de estentóreos hurras norteamericanos. El ejercicio de audacia y la utilización de recursos colosales no pueden substituir de un

momento a otro el conocimiento adquirido a través de varias generaciones. Los planes que otras naciones han empleado años en perfeccionar no pueden suplantarse por métodos improvisados en un día.» Tal es la lección que necesitamos estudiar hasta saberla de memoria.

La mayor parte de las grandes fortunas de los Estados Unidos han sido logradas por gente que tuvo fe en el porvenir de la nación, que confió en su propio criterio con respecto al rumbo de las industrias, y que tuvo suficiente valor para proceder con rapidez y decisión ante el diluvio de noticias alarmantes y siniestras predicciones. Siempre es conveniente afirmar la prerrogativa de usar el juicio propio en el manejo del propio capital.

Si la guerra nos ha enseñado algo de importancia esencial, es la completa futilidad de prestar seria atención a las habladurías sin fundamento de profetas improvisados. Se nos había asegurado que el militarismo era una salvaguardia; sabemos ahora que en-

traña peligros. Se nos había dicho que la guerra nos abriría un nuevo y radiante mundo; mas han pasado siete años desde que las tropas se movilizaron, y todavía es Europa un campo armado, lleno de rivalidades nacionales y donde arde la antigua tea de las intrigas políticas. Se nos había informado que de ahora en adelante los Estados Unidos estarían gobernados por la clase obrera por intermedio de sus caudillos; pero encontramos que el número de miembros que pagan su cuota a la American Federation of Labor ha descendido a 3,380.000, lo cual representa una disminución de 740,000 socios en un año.

Una a una han fallado todas las necias profecías. La gran esperanza del mañana estriba en el hecho de que estamos volviendo rápida y seguramente a los primitivos principios. Reconocemos de nuevo que los hombres no pueden vivir sin comer, ni pueden comer sin trabajar; que, prácticamente hablando, la nación enferma, social y económicamente, no es vecino más deseable que la nación malvada; que los gobiernos, como los individuos,

no pueden gastar lo que no tienen; que el comunismo es en la práctica una ilusión y una celada; que todas las naciones dependen recíprocamente unas de otras; que el hombre que va a la una a almorzar con amigos en disposición decididamente optimista y regresa a las dos convertido en profeta de desgracias es muy débil de carácter y necesita un guardián; que el hábito no contrariado pronto se convierte en necesidad; que las épocas difíciles son el único remedio conocido para la extravagancia; y que tiempo y paciencia son remedios seguros para las épocas difíciles.

Es indudable que afrontamos al presente otra epidemia de predicciones, en que la duda representará la nota dominante. En la mañana algún funcionario de gabinete pronosticará precios más elevados, y en la tarde algún presidente de corporación profetizará una baja. Sucederá siempre lo mismo en tanto que el pueblo substituya sentimientos por cifras y hechos. La necesidad del momento es discutir la tendencia actual hacia condiciones normales, y olvidar el descenso de las

que han sido anormales. Es el momento de acción, y no de palabrería inútil; tiempo de economía y dura labor, y no de tentativas con el objeto de crear métodos artificiales para impedir el funcionamiento de las leyes económicas.

A pesar de las profecías del vidente de Hoboken de que tendremos un invierno riguroso, una guerra civil y un presidente de sexo femenino, hay un hecho alentador que puede consolarlos: nunca ha fallado el suceder que cuando los tiempos eran buenos se tornaran malos, y que después de ser malos volvieran nuevamente a ser buenos. El cambio es un accidente infalible en el mundo. Es muy fácil y barato dar consejos, pero los consejos valen generalmente lo que cuestan. Mucha gente la pasaría mejor si tuviera más ojos y menos oídos.

(De *Inter-América*, muy recortado).

Una palabra de P. Gille

Como lo hace observar Fouillée, «a pesar de su grandeza, la moral budista es demasiado mística y contemplativa: la idea de la caridad está admirablemente desarrollada; pero la idea de derecho no existe en ella. La resignación a la injusticia puede ser una virtud en ciertos casos, sobre todo si se trata de uno mismo; pero el sostenimiento de su derecho y del derecho ajeno es también una virtud, y la misma caridad manda no resignarse tan fácilmente a las injusticias que sufren nuestros semejantes... Las virtudes del ciudadano son desconocidas en Oriente; no se piensa más que en la santidad y en la existencia eterna».

El budismo no ha sido sino el desarrollo lógico del brahmanismo, respecto del cual ha sido en cierto modo lo que es el protestantismo frente a la Iglesia romana. Casi ha adoptado su moral, pero ha exagerado aún el lado escéptico; ha llevado hasta la locura la obligación de respetar todos los seres

vivientes, ya recomendada por Manú. Su gran reforma consistió en romper, al menos desde el punto de vista religioso, la cadena de las castas. También ha mejorado la situación moral de la mujer, puesto que puede entrar en las órdenes y renacer espiritualmente como el hombre.

En resumen, en el concepto moral y social, el budismo ha representado en Oriente el papel del cristianismo en Occidente, y no es seguro que no haya servido de modelo a este último.

Uno y otro seguramente han propagado y desarrollado los sentimientos de humanidad, de caridad, pero enervando sus caracteres.

No hay duda que un gran soplo de humanidad eleva moralmente la religión de Buda; en ella se predica la igualdad fundamental de todos los hombres: «La piel, la carne, los huesos, la cabeza, se dice en ella, son las mismas en todos los hombres; los ornamentos y los adornos constituyen únicamente la diferencia». Hablando religiosamente, la mujer es igual al hombre... Pero nada más despreciable que la vida real; es un lazo de castigo; toda existencia es

un mal y el bien supremo es el no ser, el Nirvana; la virtud suprema es el abandono de todo, la mortificación; la «sabiduría» búdica no es sino un nombre dado a la depresión y a la muerte de la energía.

Así fué cómo el ascetismo oriental, bajo la forma búdica como bajo la forma cristiana, llegó finalmente a la desmoralización efectiva por su negación de las virtudes civiles y de la acción. (1)

Y son precisamente esas virtudes las que constituyen el alto valor y la gloria del estoicismo.

La acción extraparlamentaria ⁽²⁾

El pueblo se forma una idea muy falsa del papel y del poderío del mecanismo parlamentario.

Se cree que es en la máquina social un motor cuando no es más que un

(1) Nosotros expresamos esta idea diciendo: el misticismo oriental conduce a la *parálisis asiática*.—E. J. R.

(2) Tomado de *La Democracia y los hacendistas*, traducción de José Prat.

aparato registrador, algo así como estas básculas automáticas de las estaciones de los ferrocarriles. Entregado a sí mismo, no se mueve lo más mínimo, por ruido que haga a veces. No entra en movimiento sino bajo la acción de una presión que venga de fuera.

Jamás los electores obtuvieron una reforma por una acción que viniera de dentro. Recuérdesse a los radicales que llegaron a obtener la mayoría en el país como en la Cámara (1), sin otro resultado que ver en seguida cómo se dislocaba su mayoría y los jefes abandonaban o escamoteaban las reformas prometidas.

En cambio, ¿por qué los hacendistas, que no son sino una ínfima minoría, obtienen todo lo que quieren de nuestras asambleas elegidas? Pues porque han formado fuera de ellas unos sindicatos poderosos, de banqueros, de metalurgistas, de armadores, etc., etc., que, bien mandados, disciplinados y tenaces, acaban por imponer su voluntad a los diputados incompetentes, divididos, distraídos o corrompidos.

(1) Se habla de la Cámara francesa; pero con ligeras modificaciones, todo esto podría aplicarse a nuestra minúscula República. L. R.

¿Desde cuándo nuestros diputados se preocupan tanto de legislación social, si no es desde que el sindicalismo obrero vino a imponerse a su atención? Los mineros de nuestras grandes cuencas hulleras son seguramente entre los proletarios los menos desgraciados, y, no obstante, en su beneficio es que se han hecho tantas leyes, reglamentos y decretos y estipulado las mayores ventajas. Débese esto a que han sido los primeros y los que más fuertemente se sindicaron.

El Sindicato, sea capitalista o proletario, es la única potencia que pone en movimiento, no sin un serio desperdicio de fuerza, el mecanismo parlamentario.

Y se comprende.

El Sindicato descansa sobre la comunidad de los intereses: a este título permite tener un programa sin equívoco, una línea de conducta bien trazada, una acción metódica y continua bajo la dirección de hombres competentes.

Esto, y no el número de sus adherentes, es lo que hace el secreto de su fuerza.

El parlamentarismo, al contrario, descansa sobre la confusión de los intereses; mezcla en un mismo partido, sistemáticamente, obreros y patronos, intelectuales y comerciantes, productores y rentistas. Es, pues, incapaz de una acción seguida, y no puede mantenerse más que por la mentira y el equívoco.

Basta ver el espectáculo de corrupción y de baja que nos da la lectura diaria de los hechos políticos.

El confusionismo democrático ha hecho nacer toda una clase de políticos profesionales: abogados, médicos, profesores, periodistas, intelectuales situados fuera de la producción, sin experiencia personal de los hechos económicos, sin noción exacta de las necesidades y de las aspiraciones populares. Muy ignorantes, casi siempre, de las necesidades económicas, únicamente preocupados de las intrigas de los pasillos de las Cámaras, y a la caza de carteras, votan a salga lo que saliere tarifas aduaneras, convenios de ferrocarriles, reformas sociales, todo lo de que depende la vida misma del país.

Es la dictadura de los incompetentes.

Una sola cosa les preocupa: ser reelegidos.

Para serlo hay un medio simple: la puja de promesas. Una necesidad profunda de la masa no es para ellos más que un artículo que se agrega a un programa electoral, dos líneas sobre un anuncio. Se promete de todo sin preocuparse de si es posible su realización, y se promete tanto más fácilmente cuanto mejor se sabe que no se dará nada.

¡Demagogos sin sinceridad, raza de titiriteros! Esto en cuanto a los jefes.

En cuanto a la multitud, aturdida por estas promesas, deslumbrada por esta puja, no sabe ya distinguir lo posible de lo quimérico y no ve sus propios intereses. Se le ha hablado tanto de su poderío, que al fin ha acabado por creerlo.

Que hay hechos que escapan a la empresa de la ley... ni siquiera lo sospecha.

Hasta en los ambientes revolucionarios, hasta entre los mismos comu-

nistas más antiparlamentarios, yo he visto buenas gentes que se imaginan que se puede, por decreto, suprimir la moneda, por ejemplo, y ajustar sin más preocupaciones la producción y el consumo. ¡Como si los hechos económicos no escaparan en gran parte a la reglamentación de los hombres!

¡Tanto valdría esperar de un voto de la mayoría la modificación de las leyes de la gravedad, el cambio del curso de la luna o la supresión de las mareas!

Ilusión pueril, ciertamente, pero ilusión peligrosa, porque desvía del esfuerzo.

Es el peor daño que ha cometido el boletín del voto.

Obreros, campesinos, empleados, pequeños burgueses, funcionarios de miseria decente, han puesto sobre la papeleta electoral su suprema esperanza. ¡Es tan cómodo! «¡Sufrís, queréis mejorar vuestra suerte? No hay necesidad de reflexionar, de organizarnos, de luchar, de obrar. Todo esto es fatigoso. Tomad este pedazo de papel y escribid encima el nombre de Tarugo. Bien. Metedlo en esta caja

que se llama la «urna». Perfectamente. Ahora permaneced quietos. Sobre todo, no os organicéis, no os rebeléis. Haríais el juego de la reacción. Dentro de cuatro años, si vuestra situación no ha mejorado, recomenzaréis el juego».

Y en efecto, todo el mundo recomienda, todo el mundo espera el término de sus miserias de este papel plegado en cuatro dobleces.

Desde luego, ninguna necesidad hay de reflexionar, de informarse, de comprender y de obrar. El campesino no sabe cómo se establece el curso del trigo, el *puddleur* ignora el precio de la fundición que fabrica, el empleado no sabe de dónde viene el producto que vende, el rentista no podría decir dónde se encuentra la sociedad cuyos títulos posee. Y se presencia el espectáculo verdaderamente cómico de 20.000.000 de hombres que trabajan, producen y economizan sin descanso sin que nunca sepan lo que es del producto de su esfuerzo.

Solamente unos cuantos hombres «saben», y son los grandes jefes de los consejos de administración. No han

absorbido, como creía Marx, todas las riquezas; pero han acaparado su dirección. Ellos solos, y sus servidores más directos, comprenden el funcionamiento de la máquina. Y aquí está el secreto de su dominio. No descansa únicamente en la fuerza frágil de las armas y de la policía, como creen aún demasiados revolucionarios, ni descansa siquiera en la supremacía frágil del dinero. Descansa sobre la única fuerza fecunda y que no puede ser apropiada con un golpe: la «competencia», la inteligencia.

Pues bien; la acción parlamentaria, por el hecho de que hace creer al pueblo que todo problema puede ser resuelto por una votación de la mayoría, desvía la masa de esta preocupación y de este esfuerzo. Impide el nacimiento de una *élite* obrera. Convierte todo un pueblo en una multitud de menores en tutela, condenados a la explotación de los hacendistas y al ilusionismo de los charlatanes políticos.

Es el mayor crimen que se le puede reprochar; rebaja los espíritus, envilece las conciencias, castra las voluntades e impide la formación en los

ambientes obreros y de la burguesía pequeña, de esta cosa tan necesaria y tan difícil de formar: un hombre competente.

Es una máquina para fabricar electores, o lo que es lo mismo, esclavos.

Por esto obra en nuestra sociedad como un germen de muerte.

*
* *

Pero hete ya que bajo los partidos en descomposición vemos aparecer los lineamientos bastante marcados de los organismos salvadores.

Sindicatos capitalistas, sindicatos industriales y comerciales, sindicatos obreros se organizan y rompen ya los marcos de la sociedad política.

En la misma Cámara los diputados no se clasifican ya entre ellos únicamente en radicales, progresistas, realistas o socialistas. Sábese que el tal es el representante de los carbones, otro de los azúcares, nn tercero de las compañías de navegación, de la metalurgia o de los bancos.

Así tenemos que bajo la representación demagógica y confusa de los

partidos comienzan a aparecer los lineamientos de una organización superior basada sobre la comunidad de interés y la comprensión de este interés.

A medida que vayan adquiriendo una conciencia más clara de su fuerza y de sus intereses, los grandes Sindicatos patronales y obreros tratarán directamente sus asuntos y sus conflictos hasta que se fusionen en unidades superiores.

No es la primera vez que una formación social habrá cedido el puesto a otra.

Nuestras sociedades occidentales han atravesado una larga era religiosa en la que los problemas sociales tomaban formas teológicas y los conflictos aspectos de herejías.

Después pasaron a la edad monárquica.

Ahora están en su etapa democrática y parlamentaria.

Y hete que llegan a la época sindical. Es un progreso, puesto que coloca el hecho económico en su verdadero lugar, que es el primero.

Desde ahora se puede dar por muerto el parlamentarismo.

Esto no quiere decir que dentro de poco no se votará más. (1)

La ciencia nos enseña que ciertos órganos sobreviven largo tiempo a su función.

Así el Parlamento durará, como la Iglesia, durante largo tiempo aún, y como esta última, tal vez se sobrevivirá durante siglos, porque tiene por fundamentos esta cosa eterna: la pereza y la ignorancia.

Pero desde luego, como a la Iglesia, se le puede considerar como muerto, porque todo lo vivo que se produce, en bien como en mal, para la explotación como para la emancipación, se efectúa fuera de él.

FRANCIS DELAISI

(1) Hace diez años que publicamos en *Renovación* el artículo del cual tomamos este fragmento. ¡Todavía se vota y mucho más que entonces! De México nos viene ahora particularmente el mal ejemplo. El plebiscito—en la más grotesca de sus formas—reaparece aun en los centros universitarios, junto con otras cosas de esas que uno da por muertas, pero que la ignorancia mantiene red vivas.—E. J. R.

La desigualdad es condición y es efecto del progreso

La perfecta igualdad que reina entre los individuos que componen las tribus de la Tierra de Fuego, retrasará por mucho tiempo su civilización. Sucede a las razas humanas lo mismo que a los animales a quienes el instinto impulsa a vivir en sociedad; son más a propósito para el progreso cuando obedecen a un jefe. Sea ello una causa o un efecto, los pueblos civilizados tienen siempre el gobierno más artificial. Los habitantes de Otahití, por ejemplo, estaban gobernados por monarcas hereditarios en la época de su descubrimiento y habían adquirido mayor grado de civilización que otra rama del mismo pueblo, los neozelandeses, que aun cuando hayan hecho grandes progresos porque se les obligó a ocuparse en agricultura, eran republicanos en el más absoluto sentido de la palabra. Parece imposible que el estado político de la Tierra de Fuego pueda

mejorarse mientras no surja un jefe cualquiera armado de poder bastante para asegurar la posesión de los progresos adquiridos, el dominio de los animales, por ejemplo. En la actualidad, si se le da a uno de ellos una pieza de tela, la rasga en pedazos y cada uno toma su parte: ningún individuo puede ser más rico que su vecino. Por otra parte, es difícil que surja un jefe en tanto que estas tribus no hayan adquirido la idea de la propiedad, idea que les permitirá manifestar su superioridad y acrecentar su poder.

(De *Mi viaje al rededor del mundo*, de Carlos R. Darwin.)



Miscelánea

En defensa del derecho, la indignación es el acento natural de toda alma sincera.

CARDENAL MERCIER

Diciembre de 1921.

*
* *

Recientemente, al discutirse el presupuesto de Instrucción Pública en la Cámara francesa, se suscitaron—como siempre—diversas e importantes cuestiones. Las más hermosas declaraciones salieron de boca de un sacerdote católico, el abate Lemire. Véase lo que dijo a aquellos de sus colegas que pedían una subvención oficial para los establecimientos de enseñanza privada.

Cuando se quiere ser libre, es preciso saber ser pobre. No admito, pues, que se pida dinero al Estado cuando se quiere guardar la propia independencia. Recordemos el proverbio: «Quien come el pan de otro, acaba por hablar como él.»

Tales palabras valieron al sapiente abate una entusiasta ovación de la izquierda.



Quien sabe navegar evita los escollos. Ahora bien, uno de los más grandes escollos en la enseñanza es la *definición de los términos abstractos*. Explique Ud. a sus alumnos qué es un cuerpo blanco o un cuerpo negro; pero no se maltrate Ud. ni los maltrate a ellos con el intento de definir la blancura o la negrura. Igualmente, explíqueles Ud. qué es un cuerpo pesado o caliente o electrizado o luminoso, pero no pretenda definir la gravedad, el calor, la electricidad o la luz.



Se habla con frecuencia y con razón de los males causados por las traducciones, repitiendo el dicho italiano: *traduttore, traditore*. Mas débese parar mientes también en los beneficios hechos por los buenos traductores. ¡Cuántas páginas han sido mejoradas por ellos! ¡Qué de errores gramaticales y qué de contradicciones no desaparecen al pasar un escrito de una lengua a otra! *Traduttore, compositore*, es una expresión más justa que la otra.



Muchos obreros pensadores van comprendiendo ya la verdad de que las familias numerosas son el resultado de las condiciones de la masa indigente.

Entre los pobres, la única previsión posible para los años de decadencia de los padres es cierto número de hijos solteros, capaces de contribuir con sus ganancias a la subsistencia del hogar paterno. Ahora bien, a menos que la familia sea numerosa no habrá hijos solteros cuando los padres lleguen a la edad de declinación del poder adquisitivo. Es además evidente que un solo hijo soltero no podría soportar la casa de los ancianos o enfermos.

ABBOTT PAYSON USHER



En nuestra raza no hay peor medio para lograr la unión que proponérselo y anunciarlo con ruido y aparato. Este sistema no conduce más que a la creación de organismos inútiles cuando no contraproducentes.

La unión de nacionalidades distintas en una sola nación no puede tener más fin útil y humano que el de aproximar diversas civilizaciones para que del contacto surja un renuevo espiritual; y este fin acaso pueda conseguirse sin el apoyo de la dominación material, política.

En vez de hablar de fraternidad y tratarnos como extranjeros, debemos callar y tratarnos como hermanos.

ANGEL GANIVET

Ver *Pequeño Ideario*, Falcó y Borrasé editores.

Reproducción

Segunda serie.—Tomo IV.—Nos. 61 a 79

1.º de Junio 1921 a 28 de febrero 1922

INDICE DE AUTORES

<i>Adams, Quincy</i>	Pág. 492
<i>Alsworth Ross, Ed.</i> —Decadencia social.....	239
<i>Andrade Coello, Alejandro.</i> —Carta.....	270
<i>Aristóteles</i>	194
<i>Bacon</i>	31-195-485
<i>Bermann, Gregorio.</i> —Determinismo	102
<i>Bernard, Claudio</i>	488
<i>Blair, J. B.</i> —A Lorenzo Montúfar.....	359
<i>Bohn, Georges.</i> —Movimiento biológico	354-387-458
<i>Boltvar</i>	144
<i>Bonald</i>	136-199
<i>Bon Bouvier du Molart</i>	198
<i>Bossuet</i>	133
<i>Bovio</i>	490
<i>Call, J.</i>	430
<i>Camp, Maxime du</i>	68-136
<i>Canalejas</i>	401

<i>Hamon.</i> —Pequeñas nacionalidades	Pág. 358
<i>Hans, Friedrich.</i> —Filosofía.....	393
<i>Harry, Myriam.</i> —Feminismo.....	497
<i>Hay, J.</i>	465
<i>Helme.</i> —Asambleas	98
<i>Ingenieros, José</i>	261
INTER-AMÉRICA	47-169-403
<i>Jacks, L. P.</i> —W. James	433
<i>James, Williams.</i> —Grandes organizaciones....	433
<i>Jaurés.</i> —Filosofía	1
<i>Jimenez Rojas, Alfonso.</i> — Efemérides costarri- censes	289-367-501
<i>Jiménez Rojas, Ellas.</i>	20-56-84-98-130-138 163-201-232-255 285-324-373-375 399-404 bis-460-468 496-515-523-559
<i>Kracht, G. V.</i>	137
<i>La Bruyère.</i>	196-260
<i>Lamartine.</i>	112
<i>Lamennais</i>	198
<i>Laplace.</i>	402
<i>La Rochefoucauld.</i>	487
<i>Lastarria, J. V.</i> —Forma de gobierno.....	396
<i>Le Bon, G.</i>	98
Obra maestra.....	493
<i>Lederer, Julio</i>	492
<i>Legouvé, Ern.</i> —La alcoba.....	106
<i>Leibniz</i>	196
<i>Lemire, abate.</i> —Libertad de enseñanza.....	559
<i>Lippmann, W.</i>	467
<i>Loti, P.</i>	137

III

<i>Lloyd, J. H.</i> —Locura contagiosa	Pág. 51
<i>Mansilla, Lucio V.</i>	257-371
<i>Matthews, Brander.</i> —Cinematógrafo... ..	37
<i>Maura</i>	401
<i>Medina, Vicente.</i> —La Patria	268
<i>Mercier, cardenal</i>	559
<i>Michelet</i>	4-486
<i>Milton</i>	195
<i>Misasi, N.</i>	126
<i>Monod, G.</i> —Taine	489
<i>Montaigne</i>	195
<i>Montesquieu</i>	99-196
<i>Montúfar, Lorenzo.</i> —Nota a Blair	362
<i>Morogues.</i> —Soberanía del pueblo	134
<i>Murray, Gilbert.</i> —El Imperio	15
<i>Navarro Monzó, Julio.</i> —Optimismo cristiano...	518
<i>Nelson, Ernesto.</i> —Nacionalización de la ense- ñanza	253
<i>Amado, Nervo</i>	108
La libertad	349
<i>Norman, Angell</i>	110-246
<i>Orzábal Quintana, A.</i> —Santo Domingo	233
.....	370
<i>Papini</i>	488
<i>Parsons, Floyd W.</i> —Falsos profetas	525
<i>Pasteur</i>	50
<i>Payson Usher, Abbott.</i> —Familia numerosa	561
<i>Pelletan, E.</i>	203
<i>Platón</i>	194
<i>Poisson</i>	402
<i>Procter, T. H.</i> —La guerra es un mal	169-205
<i>Queiroz, Eça de.</i> —Aptitudes para ministro	6

IV

<i>Ramón y Cajal</i>	Pág. 29-322
<i>Ransome, Art</i>	373
<i>Renan</i>	356
<i>Restrepo, C. E.—Mesocracia</i>	11
<i>Robespierre</i>	133
<i>Rodin, Aug.—Copiad la naturaleza</i>	55
<i>Rodó, José Enrique.—Democracia legítima</i>	96
Sentido de lo bello.....	399
<i>Rousseau</i>	61-197-468
<i>Royer-Collard</i>	198
<i>Salaverri V. A.—Hombres de letras</i>	371
<i>Schiller</i>	490
<i>Séneca</i>	132
<i>Sfondrini, Carlos.—Modestia del genio</i>	484-522
<i>Sherwood, Margaret.—Mala nivelación</i>	469
<i>Sócrates</i>	194
<i>Spencer</i>	68
<i>Suárez, Franco.—Sociedad de naciones</i>	326
<i>Taborga, Benjamín.—Dignidad del oficio</i>	113
<i>Thiers</i>	468
<i>Thoreau, H. D</i>	402
<i>Uriarte, Juan Ramón.—Modestia</i>	190
El honor.....	192
<i>Varigny, C. de.—Máquina que no anda</i>	90
<i>Varona</i>	28 bis
<i>Vázquez Calle, J</i>	370
<i>Victoria, M. S</i>	259
<i>Volio Julián.—Contra la Unión política</i>	91
<i>Voltaire</i>	133
<i>Wright, Q.—Las cámaras y rels. exts</i>	465
<i>Yarros, V. S.—Bolchevismo</i>	111

